

Plaza pública

para la edición del 9 de enero de 1996

Francois Mitterrand

Miguel Ángel Granados Chapa

Después de perseguirlo durante medio siglo, y de ejercerlo a lo largo de catorce años, Francois Mitterrand no ha sobrevivido ni ocho meses a la falta del poder. No lo mató, a las 8.30 de la mañana de ayer lunes, el cáncer de la próstata, mantenido a raya por su voluntad desde que le fue descubierto en 1992. Mitterrand murió porque, habiendo concluido su largo ciclo presidencial, la vida no le ofrecía ya el acicate que lo movió desde que, siendo niño, anunciaba que sería Rey o Papa.

Desde muchacho, Mitterrand antepuso el fin a los medios. Concluía sus estudios de derecho, y prestaba servicio militar, cuando Francia capituló ante el avance de la Alemania nazi. Tomado prisionero, y llevado a un campo de concentración, Mitterrand escapó y volvió a Francia en noviembre de 1941. Pero no se hizo inmediatamente miembro de la Resistencia contra los nazis, ni partidario de la Francia libre encabezada por el general De Gaulle. Antes pasó por Vichy, es decir, llegó a ponerse a las órdenes del mariscal Petain, que desde aquel balneario gobernaba a los franceses al gusto del invasor hitleriano. Ya luego se convertiría en Morland o Monnier, un notorio jefe resistente, cuya preeminencia le permitió ser ministro casi al comienzo de la cuarta república, y cuando apenas cumplía treinta años.

Un pragmatismo de este mismo género, que llegó a ser calificado de cínico, presidió su vida entera. En 1978 instruye a Giles Martinet, secretario del Partido Socialista: "No nos atemos las manos con fórmulas demasiado precisas en nuestro programa. Nos pone en peligro de perder". Y evoca a Napoleón: "Se gana, y ya se verá..."

Perseverante hasta la terquedad, Mitterrand hizo y rehizo a la izquierda, o a una parte de ella, durante su prolongado trayecto al poder. Fue miembro de varios gobiernos, y durante largo tiempo del Parlamento. Pero desde que en 1958 el general De Gaulle estableció una presidencia semejante a la monarquía, Mitterrand ambicionó ser el principal huésped del palacio del Eliseo. Lo intentó por primera vez en 1965, contra el propio fundador de la Quinta República, que arrasó con sus oponentes porque en ese momento De Gaulle lograba más una confirmación de su legitimidad personal que una nueva oportunidad en la Presidencia. Sólo pudo ser una segunda vez candidato presidencial en 1974, pero para lograrlo batalló árdamente hasta convertirse en cabeza del socialismo francés, unificado por Mitterrand mismo apenas en 1971.

Derrotado por Giscard la primera vez que se enfrentaron, invirtió el resultado siete años más tarde, en mayo de 1981. Y se quedó en el Eliseo durante dos septenios, pues obtuvo de sus votantes el refrendo que sólo De Gaulle había conseguido antes. Y superó al general que liberó a Francia en cuanto a su permanencia en el poder, pues De Gaulle no alcanzó a gobernar once

años completos. Mitterrand no siempre pudo gobernar con plenos poderes, pues dos veces los electores le impusieron un primer ministro (Jacques Chirac, que lo reemplazó en la Presidencia, y Edouard Balladur, que infructuosamente buscó hacerlo) procedente de la oposición, con el que estuvo obligado a cohabitar, es decir a compartir el gobierno.

No fueron esos, periodos especialmente conflictivos, pues Mitterrand no se casó jamás con sus ideas y estaba dispuesto a mudarlas según conviniera. Fue elegido la primera vez con un programa de nacionalizaciones que llevó a cabo puntualmente, pero sólo durante su primer año, al cabo del cual imprimió a su régimen un viraje de 180 grados; para encaminarlo exactamente al rumbo contrario. Como ocurrió a los socialistas españoles, a los franceses les correspondió, durante la infausta década de los ochenta, poner en práctica la política de sus adversarios. De allí que, a la pregunta de Elie Wiesel, el Premio Nobel de la Paz, sobre si tenía algo que lamentar al final de sus dos gobiernos, mencionó inmediatamente el desempleo, ese cáncer cuya metástasis es generada por la presunta racionalidad del mercado.

Durante esa conversación, Wiesel puso en aprietos a Mitterrand al impugnar su injustificable amistad con René Bousquet, un odioso colaboracionista que entregó a los nazis a miles de judíos. Pero también le dio oportunidad de formular un balance sobre su vida y su obra gubernamental:

"Como tiendo por naturaleza a la insatisfacción, creo haber quedado muy por debajo de mis ambiciones y, en

líneas generales, doy la razón a las críticas que me formulan, pese a que mis adversarios se equivocan al condenar en bloque, y de modo definitivo, mi trayectoria. Por supuesto, mi visión es más moderada. me parece injusto denigrarlo todo. Espero, en cualquier caso, que algún día si alguien se interesa por ello, pueda hallar en mis palabras y en mis escritos, así como en mis actos, materia con qué alimentar mi fe en el destino de la humanidad, en el destino de Francia, en la construcción de Europa. espero que alguien compartirá mis principios ideológicos y morales, o al menos unos cuantos de ellos".

Catorce años atrás, al asumir el poder, había dicho a otro entrevistador escogido por él mismo, el periodista Guy Claisse, que lo mejor, "la mejor receta que conozco", consiste en "estar de acuerdo con uno mismo". Por eso Mitterrand reivindicó para sí, como actos de fidelidad a su propio ser, "la supresión de la pena de muerte, el nuevo rostro de Francia después de la descentralización, la defensa en determinadas circunstancias de algunos de los pueblos oprimidos del Tercer Mundo, la toma de decisiones positivas en lo tocante a la construcción de Europa. Todo ello, a mi juicio, constituye un balance del que podría sentirme orgulloso, si fuera propenso a enorgullecerme". Pero ahora que la muerte lo ha unido con sus amigos Francois de Grossoeuvre y Pierre Beregovoy, que se suicidaron en 1994 en casos de corrupción a que pareció no ser ajeno, es preciso incluir también ese baldón en el recuento de lo que Mitterrand hizo en, por, contra Francia.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Francois Mitterrand

Aunque no fue enteramente ajeno a las ideas, el fallecido ex presidente de la República Francesa fue esencialmente un hombre de acción, dirigida siempre al poder, en su busca, en su defensa, hacia su brillo y su plenitud.



DESPUÉS DE PERSEGUIRLO DURANTE MEDIO SIGLO, y de ejercerlo a lo largo de catorce años, Francois Mitterrand no ha sobrevivido ni ocho meses a la falta del poder. No lo mató, a las 8:30 de la mañana de ayer lunes, el cáncer de la próstata, mantenido a raya por su voluntad desde que le fue descubierto en 1992. Mitterrand murió porque, habiendo concluido su largo ciclo presidencial, la vida no le ofrecía ya el acicate que lo movió desde que, siendo niño, anunciaba que sería rey o papa.

Desde muchacho, Mitterrand antepuso el fin a los medios. Concluía sus estudios de derecho, y prestaba servicio militar, cuando Francia capituló ante el avance de la Alemania nazi. Tomado prisionero, y llevado a un campo de concentración, Mitterrand escapó y volvió a Francia en noviembre de 1941. Pero no se hizo inmediatamente miembro de la Resistencia contra los nazis, ni partidario de la Francia libre encabezada por el general De Gaulle. Antes pasó por Vichy, es decir, llegó a ponerse a las órdenes del mariscal Petain, que desde aquel balneario gobernaba a los franceses al gusto del invasor hitleriano. Ya luego se convertiría en Morland o Monnier, un notorio jefe resistente, cuya preeminencia le permitió ser ministro casi al comienzo de la cuarta república, y cuando apenas cumplía treinta años.

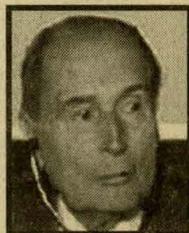
Un pragmatismo de este mismo género, que llegó a ser calificado de cínico, presidió su vida entera. En 1978 instruye a Giles Martinet, secretario del Partido Socialista: "No nos atemos las manos con fórmulas demasiado precisas en nuestro programa. Nos pone en peligro de perder". Y evoca a Napoleón: "Se gana, y ya se verá..."

Perseverante hasta la terquedad, Mitterrand hizo y rehizo a la izquierda, o a una parte de ella, durante su prolongado trayecto al poder. Fue miembro de varios gobiernos, y durante largo tiempo del Parlamento. Pero desde que en 1958 el general De Gaulle estableció una presidencia semejante a la monarquía, Mitterrand ambicionó ser el principal huésped del palacio del Eliseo. Lo intentó por primera vez en 1965, contra el propio fundador de la Quinta República, que arrasó con sus oponentes porque en ese momento De Gaulle lograba más una confirma-

ción de su legitimidad personal que una nueva oportunidad en la Presidencia, y la candidatura de Mitterrand sólo tuvo carácter testimonial. Sólo pudo ser una segunda vez candidato presidencial en 1974, pero para lograrlo batalló arduamente hasta convertirse en cabeza del socialismo francés, unificado por Mitterrand mismo apenas en 1971.

Derrotado por Valery Giscard D'Estaing la primera vez que se enfrentaron, invirtió el resultado siete años más tarde, en mayo de 1981. Y se quedó en el Eliseo durante dos septenios, pues obtuvo de sus votantes el refrendo que sólo De Gaulle había conseguido antes. Y superó al general que liberó a Francia en cuanto a su permanencia en el poder, ya que De Gaulle no alcanzó a gobernar once años completos. Mitterrand no siempre pudo gobernar con plenos poderes, pues dos veces los electores le impusieron un primer ministro (Jacques Chirac, que lo reemplazó en la Presidencia, y Edouard Balladur, que infructuosamente buscó hacerlo) procedente de la oposición, con el que estuvo obligado a cohabitar, es decir a compartir el gobierno.

No fueron, esos, periodos especialmente conflictivos, pues Mitterrand no se casó jamás con sus ideas y estaba dispuesto a mudarlas según conviniera. Fue elegido la pri-



Ministro por primera vez a los treinta años, Francois Mitterrand tuvo

que esperar hasta tener más de sesenta para ser presidente de la República, cargo al que aspiró hasta en tres ocasiones, si bien la primera vez su presentación sólo tuvo carácter testimonial.

mera vez con un programa de nacionalizaciones que llevó a cabo puntualmente, pero sólo durante su primer año, al cabo del cual imprimió a su régimen un viraje de 180 grados, para encaminarlo exactamente al rumbo contrario. Como ocurrió a los socialistas españoles, a los franceses les correspondió, durante la infausta década de los ochenta, poner en práctica la política de sus adversarios. De allí que, a la pregunta de Elie Wiesel, el premio Nobel de la Paz, sobre si tenía algo que lamentar al final de sus dos gobiernos, mencionó inmediatamente el desempleo, ese cáncer cuya metástasis es generada por la presunta racionalidad del mercado.

Durante esa conversación (publicada el año pasado bajo el título de *Memoria a dos voces*), Wiesel puso en aprietos a Mitterrand al impugnar su injustificable amistad con René Bousquet, un odioso colaboracionista que entregó a los nazis a miles de judíos. Pero también le dio oportunidad de formular un balance sobre su vida y su obra gubernamental:

"Como tiendo por naturaleza a la insatisfacción, creo haber quedado muy por debajo de mis ambiciones y, en líneas generales, doy la razón a las críticas que me formulan, pese a que mis adversarios se equivocan al condenar en bloque, y de modo definitivo, mi trayectoria. Por supuesto, mi visión es más moderada. Me parece injusto denigrarlo todo. Espero, en cualquier caso, que algún día si alguien se interesa por ello, pueda hallar en mis palabras y en mis escritos, así como en mis actos, materia con que alimentar mi fe en el destino de la humanidad, en el destino de Francia, en la construcción de Europa. espero que alguien compartirá mis principios ideológicos y morales, o al menos unos cuantos de ellos".

Catorce años atrás, al asumir el poder, había dicho a otro entrevistador escogido por él mismo, el periodista Guy Claisse (en *Aquí y ahora*), que lo mejor, "la mejor receta que conozco", consiste en "estar de acuerdo con uno mismo". Por eso Mitterrand reivindicó para sí, como actos de fidelidad a su propio ser, "la supresión de la pena de muerte, el nuevo rostro de Francia después de la descentralización, la defensa en determinadas circunstancias de algunos de los pueblos oprimidos del Tercer Mundo, la toma de decisiones positivas en lo tocante a la construcción de Europa. Todo ello, a mi juicio, constituye un balance del que podría sentirme orgulloso, si fuera propenso a enorgullecarme". Pero ahora que la muerte lo ha unido con sus amigos Francois de Grosseuvre y Pierre Berezogovoy, que se suicidaron en 1994 en casos de corrupción a que pareció no ser ajeno, es preciso incluir también ese baldón en el recuento de lo que Mitterrand hizo en, por y contra Francia.